

CONYUGALIDAD Y OTRAS YERBAS

Hoy fuimos con Arturo a ver una buena película y terminamos la noche en un restaurante de moda, lujo que sólo podemos permitirnos muy de vez en cuando. Pasamos una linda velada. Yo, un poco por el vino y otro poco por lo raro del acontecimiento, estuve particularmente divertida -al menos eso pensé- porque mi marido se reía con ganas cuando le relataba las vicisitudes de mi jornada de trabajo (editora de textos escolares) tarea que incluía aguantar las excentricidades de los autores que trabajan para la editorial.

Todavía sonriendo subí al ascensor y allí, mientras miraba en el espejo los estragos que el tiempo y un maquillaje deteriorado habían dejado en mi cara, sentí la voz de Arturo que comenzaba con su sempiterna queja.

- No entiendo como podés ser tan buena por momentos y en otros tratarme tan mal.

Esta frase la he oído posiblemente cientos de veces, a lo largo de treinta años de vida conyugal. Mi marido no puede permitir que yo deje de recordar ni por un momento, cuán bruja soy y cuán bondadoso, generoso y amable es él.

No puede permitir que una noche agradable termine bien y yo tampoco, porque cada vez que suelta alguna frase por el estilo, salto como una yarará y terminamos la noche intercambiando reproches, hasta que nos vence el sueño y cada uno se desliza a su orilla de la cama y trata de mantenerse allí toda la noche, aún a riesgo de caerse.

El matrimonio a veces parece una condena eterna, un infierno cuyos tormentos se repiten, monótonamente, a lo largo de un montón de años que, en ocasiones, parecen siglos.

En esos momentos uno piensa en el divorcio. Ocurre que, lamentablemente, es una solución que ya hemos experimentado. En nuestro subdesarrollado país, el divorcio es un dispositivo que el común de la gente utiliza una sola vez, y ya tuve mi oportunidad.

Las razones por las cuales la gente como uno se divorcia solamente una vez, obedece a varios factores: no se quiere repetir la disputa por el departamento, el auto, el juego de cubiertos que hasta el día de hoy lamento haberle cedido a mi ex. En lo concerniente a los hijos: el régimen de visitas con sus horarios ferozmente acordados y jamás cumplidos.

También cuenta la opinión de nuestro analista que, sospechamos, hace mucho nos ha catalogado como repetidores incurables y cuyo dictamen tiene para nosotros, más valor que el de toda la familia, incluidos parientes lejanos y amigos.

Además, dos experiencias son más que suficientes para entender que la convivencia, necesariamente, tiene que ser borrascosa. Es imposible que dos personas, condenadas a verse todos los días, aunque sólo sea a la mañana y la noche, puedan eludir los efectos del envejecimiento y las manías que se agudizan con el tiempo.

El espejo en el cual un día creímos ver lo mejor de nosotros, es ahora tan fastidioso, que sólo refleja los defectos de los que no queremos enterarnos.

Cuando llegué a casa, Arturo me informó que se sentía muy mal. Había tratado de llamarme a mi celular pero no pudo comunicarse. Eso no es nada extraño, él no entiende a los celulares, no sabe o no quiere aprender cómo se usan.

Le pregunté que sentía y me dijo que le dolía el brazo y el pecho, con lo cual logró asustarme bastante.

Corrí a llamar a nuestro médico de cabecera, un profesional al que conocemos desde siempre y a pesar de que no creemos demasiado en su capacidad a la hora de los sustos, la actitud tranquila y la buena disposición, suplen ampliamente la desconfianza que nos generan sus saberes médicos bastante enmohecidos.

En este caso, además de ser el que tenía más a mano, supuse que aunque se haya recibido hace casi treinta años y la actualización no sea su fuerte, hasta un estudiante de medicina puede diagnosticar un infarto.

Roque, que así se llama nuestro facultativo de confianza, desechó toda posibilidad de infarto y sugirió el efecto de una comilona.

Arturo, aceptó de mala gana que en el almuerzo se había tentado con un pulpo y yo lo miré con todo el odio que me provoca un adulto que está entrando en la senectud y no quiere admitir que los mariscos le hacen mal, con más razón los mariscos del boliche, donde almuerza todos los días con sus socios.

Sus socios, son dos abogados que integran la terna profesional de un estudio jurídico que se especializa en lo que venga, es decir, en cualquier fuero y caso que se presenten.

No quiero ni debo ser injusta con esa pequeña pero bien dispuesta sociedad legal, gracias a ella hemos comido durante todos estos años, hemos comprado nuestro modesto pero confortable departamento y los igualmente modestos pero eficaces automóviles que tuvimos y, en épocas de bonanza, hasta nos proporcionó el ansiado viaje a Europa.

Por supuesto que yo también colaboré en el mantenimiento del hogar. En mi haber hay millones de horas leyendo cosas impublicables o tratando persuadir a los "genios" que escriben libros de textos de historia o geografía, que dejen de copiar casi textualmente a los clásicos y poco actualizados libracos de siempre.

Ambos construimos esta familia que ahora se ha desparramado por el mundo. Como de costumbre, soy un tanto exagerada, la familia fueron solamente dos hijos. Uno de cada sexo para sentirnos conformes y evitar que nos embarcáramos en la absurda búsqueda de 'la parejita'.

De la descendencia, la mujer se casó y se fue a vivir a otra ciudad con su marido bancario. Por supuesto extrañamos a la nieta, pero doscientos kilómetros no es una distancia tan grande como para que ellos o nosotros nos moviliemos para verlos.

En secreto, algo que no he compartido ni siquiera con Arturo, no me desagrada esta situación, si vivieran cerca tendríamos o, mejor dicho yo tendría, que hacerme cargo de la criatura cuando ellos quieren salir, buscarla al jardín de infantes y realizar tareas semejantes a las que en su momento todos encomendamos a nuestros progenitores con el argumento de "vos que estás más desocupada/o".

El varón está haciendo una maestría de economía, en Chicago. Ni Arturo ni yo compartimos nada de su ideología política ni económica, pero es nuestro hijo y lo queremos igual.

No hay mal que por bien no venga, cuando sea millonario, quizás nos ayude a paliar nuestras míseras jubilaciones.

Muchas veces me desvelo y como no puedo dormir, ni leer, ni ver TV, porque aunque Arturo ronca como un estibador borracho, se despierta al menor movimiento. Entonces me pongo a pensar, en nuestra vida y en nuestros hijos.

En las noches desveladas, después de ver la seguidilla de accidentes automovilísticos, asaltos y secuestros que integran los contenidos de las noticias, continúo preocupándome por la prole, sus problemas personales, de trabajo, de pareja. Me preocupan sus hijos que, da la casualidad, son mis nietos; esos seres que desde su nacimiento no se sabe porqué amamos desafortadamente y cuya existencia nos inquieta, mucho más de lo que nos preocuparon los hijos cuando tenían su edad.

Supongo que en la juventud uno se intranquiliza menos porque se siente más fuerte y cree que puede resolver cualquier problema. Influye también el hecho de no haber pasado por las experiencias dolorosas a las que nos fue sometiendo la vida.

De tanto pensar, llego al tema que en realidad más me asusta: mi propia vejez que cada día está más cerca. Todavía no quiero aceptarlo, porque sacando dos o tres achaques, un millón de arrugas y otras tantas canas, que no molestarían demasiado si no fuera por la necesidad de ir a la peluquería con frecuencia, me siento “muy bien”.

Mi lucha contra el deterioro consiste en matarme en el gimnasio la mitad del tiempo y dejar de ir al gimnasio la otra mitad, porque no puedo moverme. Comprar cremas caras que aseguran la juventud eterna, usarlas obsesivamente una semana, hasta que quedan abandonadas en el botiquín del baño.

A veces, pienso muy seriamente en el lifting, la lipoaspiración, el botox y otras soluciones mágicas, y las desecho por costosas o por temor.

En definitiva, acepto la vejez. ¿Acepto la vejez?

Los integrantes de lo que podríamos llamar “temprana senectud” o “últimos vestigios de la edad madura” tenemos otras cosas complejas de qué ocuparnos además del trabajo profesional, el mantenimiento y administración de la casa, y los problemas de nuestros hijos.

Tenemos a “nuestros padres” que, sí, ya están decididamente seniles y con ello no quiero decir que haya que cambiarle los pañales, ni cuidarlos para que no se pierdan por la calle. Simplemente tenemos que llevarlos al médico por lo menos una vez al mes, otro tanto al bioquímico o al dentista. Acompañarlos a cobrar la jubilación, escuchar sus sempiternas quejas sobre el gobierno, el cónyuge, el portero o el vecino de arriba que no los deja dormir porque pone el televisor a todo volumen. Cuando los visito, trato de no encontrarme con sus vecinos del piso de abajo, no me cabe duda que repetirán la misma queja.

Mientras tanto, ellos disfrutaban como niños de sus fiestas del Centro de Jubilados, de sus viajes organizados por el Centro de Jubilados, y de los cursos de teatro, expresión corporal o cerámica, que toman... ¿adivinaron verdad? en el Centro de Jubilados.

Nosotros tenemos la "suerte" de tener a los cuatro padres vivos, lo cual genera en las fiestas hogareñas –navidad, cumpleaños, etc.- una sensación de eternidad: son todos longevos y nadie ha muerto. Quién sabe pueda ser que sigamos acumulando generaciones para siempre.

Cuando el festejo termina, tratamos de no pensar y menos hablar del tema, pero a veces deseamos que la señora de la guadaña, se acuerde de vez en cuando de nuestra añeja y fastidiosa familia.

Volviendo al tema del principio, cada vez que se arma un altercado matrimonial, los motivos, el comienzo del desarrollo y sobre todos los argumentos que van y vienen son exactamente iguales a los que esgrimimos desde hace años.

Pasado el enamoramiento, el flechazo, la calentura o como quiera que se llame, empezamos a ver los defectos del otro y a exponerlos a la menor provocación. En esos momentos, la convivencia se representa desde una perspectiva histórica, con reproches y lamentos repetidos miles de veces, sentimientos de odio –no leyó mal, dije odio- por ese tipo/tipa que nos hizo tan infelices a lo largo de estos siglos que llevamos juntos. Cada uno piensa que ha soportado más que el otro.

No obstante, hay momentos -por suerte son los más- en los que agradecemos -no sabemos a qué o quién- que todavía estemos juntos, envejecidos, pero lo suficientemente sanos para disfrutar de un viaje o de una película vieja en la TV, que nos recuerde nuestra adolescencia y el enamoramiento frenético por el galán o la actriz que nos tenía seducido.

También necesitamos evocar cada tanto, los primeros momentos de nuestro enamoramiento: la ilusión del otro que nos comprendía y nos amaba como éramos o como le vendimos que éramos, convencidos de que no mentábamos.

Los aniversarios -cuando no los olvidamos- suelen tener ese efecto; al menos por unas horas, volvemos a ser la pareja ideal que supimos inventar.